

Caras y Caretas. Buenos Aires, 25 II 1922 (R. A.).

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo II



LA
A cama! Acaso no andaba tan descaminado aquel arriero que afirmaba que el más grande bienhechor del linaje humano fué el que inventó la cama y la baraja. Que para él fué, sin duda, uno mismo, uno mismo el que inventó ambas cosas.

Pero la cama, entiéndase bien, la verdadera cama y no una yacaja cualquiera. No, por ejemplo, el escaño en que se tienden por esta tierra a dormir, junto al fogón, los gañanes, sino la cama, el lecho en que sobre colehón de lana, o siquiera de hojas secas de maíz, se meste uno, desnudo o poco menos, entre sábanas de hilo y con una almohada a la cabeza.

Levanta uno la manta encimera, mira al lecho de la cama — cauce de un remanso — y siente por todo el cuerpo correrle el dulce presentimiento del reposo. Que es más dulce que el reposo mismo. Es como el aperitivo de aquella partecilla de muerte, según llamó Leopardi al sueño; es el pre-gusto de la inconsciencia. Por un tiempo va a dejar uno de sentirse vivir pero es para sentirse luego revivir. Se va a pasar del ayer al mañana, acasodel antes de ayer al pasado mañana.

Se mete uno en la cama, entre las sábanas, se retuerce en un escalofrío y se acurruga, se apelotona, se pone en la postura que el feto tiene en el claustro materno. Y así se prepara a la llegada de la inconsciencia, esto es: de la inocencia, a la vuelta al limbo. Porque la cama es la añoranza del limbo del claustro maternal. No una yacaja cualquiera, no, sino la cama, con sus mantas, con sus sábanas, con el calorcito maternal con que nos envuelve.

Avenarius, el filósofo de la «Crítica de la experiencia pura», empieza, como de punto de partida, por suponernos en el perfecto equilibrio con el ámbito que nos supone la vida pre-natal, intra-uterina. Lo que debe de ser algo así como el nirvana de los budistas. Algo así como un ser sin existir. «Pienso, luego soy» — decía Descartes — y quien sabe si el feto no piensa que es y sólo que es y no otra cosa y como piensa que es no piensa nada. Mientras hay quien añade: «quiero, luego existo».

Y basta de filosofías!
¿Pero si no se filosofa en la cama, al acabar de acostarse, acurrucadito en postura de feto, esperando al sueño, cuándo se va a filosofar? Y uno se echa a la derecha, sobre el hígado, y otro a la izquierda, sobre el corazón, y otro de espaldas, cara al techo. Y hay quien sueña que está despierto y quien se pone a con-

tar: «uno, dos, tres... etc.» para que le llegue antes el sueño. Y hasta hay quien se mantiene insomne — y aterrado — espionando el momento preciso en que se le anegue la conciencia.

Y hay la cama dura — como son las de Portugal — y la blanda. Y aquellas enormes camas de hojarasca de maíz, como las de los viejos caseríos de nuestra tierra vasca, donde uno como que se entierra y hace un hoyo y allí se queda. Y a cada rebullido siente uno el crujir de la hojarasca.

Cuentan que una vez un canónigo recibió en su casa a un su pariente que era pastor de ganado y estaba hecho a dormir en el campo, sobre la tierra, arrebujado en pieles, y que le llevó a una cama y que el pobre pastor, como se ahogaba en ella sin lograr atrapar el sueño, se levantó, abrió el balcón y se echó en él, a la luz de las estrellas y al aire de la noche desnuda. Y que en adelante, cuando en las noches de invierno se acostaba en el campo, sobre el santo suelo de la tierra, se decía: «pobrecitos canónigos, cómo lo estarán pasando!».

Dicen que la cama embota. Pero nosotros sabemos de uno cuyo principal oficio es el de pensar e imaginar para los demás, es decir, el de soñar que fragua los más de sus pensamientos e imaginaciones, los más de sus ensueños, en la cama, tendido cuanto largo es, sin sentir suelo bajo los pies y entre modorra y modorra. Tienen así sus imaginaciones crepúsculo matutino y vespertino, amanecer y anochecer, están enmarcadas en inconsciencia. ¡No en tinieblas, no! porque durante el sueño sin ensueños no son ni las tinieblas ni el silencio lo que nos envuelve, sino que es algo más profundo. La noche es negra pero el sueño no es negro.

Es muy frecuente soñarse muerto. ¿Y no te ha sucedido, lector, soñar que ibas remontando tu vida, de hoy a ayer, hacia el pasado, volviendo a vivirla del revés, las aguas del río hacia el manantial, y otra vez niño y por fin des-nacer? Y al sentírte desnacer te sumerges del todo en el sueño profundo y como que el corazón se te descansa y la sangre se te clarifica. Y entonces sí que podrías decir: «me pienso, luego me soy!» O mejor: «se sueña, luego se vive!»

«Se vive!» ¡Qué expresión tan castiza! Como que las más de las veces equivale a: «se duerme!» Ya dice la copla andaluza: «Cada vez que considero — que me tengo de morir — tiendo la capa en el suelo — y no me harto de dormir!» Y al meterse en la cama se dice uno: «la vida es sueño... y el sueño es vida!»



MIGUEL de UNAMUNO



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GEDOS.USAL.ES